

# El sanatorio de Górliz

A TRÁS queda la mezcla de humo, polvo y neblina, suspendida sobre la ría de Bilbao, para bañar de gris los colores diversos del paisaje. Hemos llegado en tren a Plencia. Un minuto de automóvil y estamos en la playa de Górliz. Los rojos son rojos, verdes los verdes, azules los azules, blancos los blancos. La primera sensación es la de que las cosas han recobrado su color. Es una playa circular, con una gran bocana frente al viento del Oeste. Los montes, a la espalda, no son bastante altos para que en ellos se conviertan en nubes las brumas de la mar. Están ahí para contener los vientos fríos del Norte y del Nordeste, por lo que a su socaire maduran los limones; pero el viento del mar reinaría supremo si no tuviese que ceder el cetro al padre Sol, que azula las aguas y dora las arenas.

Cuando era yo joven no se iba nunca a Plencia. Bilbao acababa en Las Arenas o, a lo sumo, en Algorta. Ha tenido que ser un andarín y un explorador de rinconadas el hombre que ha salvado la playa de Górliz para los niños enfermos del país. Si se descuida un poco le quitan la playa los bañistas, como se han adueñado ya de las cercanas. Pero no en vano se alza, sin la estatua, ante la puerta del Sanatorio, el pedestal que sustentará la efigie de D. Enrique de Areilza, cuando éste se haya muerto. El hecho de negarse a que se le alce estatua en vida muestra que el fundador de esta obra, cirujano eminentísimo y una de las mejores cabezas del país, es igualmente hombre de acción, y se da cuenta de que las condiciones de la acción exigen que se mantenga en segundo término el que quiera hacer obra duradera. Sería acaso más difícil mantener el afecto hacia la institución, si hubiera que empezar por rendir ostensiblemente tributos de admiración al fundador.

Es el principal un edificio blanco, con adornos azules, en el que todo es claridad, menos el cuarto oscuro del fotógrafo y las pieles de los enfermitos. En las explanadas, al aire libre, están las camas rodantes de los enfermos que toman el sol casi desnudos. Son niños de Vizcaya. Hay que decirlo, porque la primera impresión es que se trata de niños de Ceylán. Dícese que los rubios tardan algo más en pigmentarse. Pero todos tienen los cuerpecitos color de chocolate. Es otro color rico, que se añade a los del cielo, el mar, la arena y la vegetación. Detrás de la explanada hay galerías abiertas. Detrás de las galerías abiertas hay

otras, a las que tampoco puede llamarse cerradas, porque son en ellas más los ventanales que los muros; detrás vuelve a haber otras galerías abiertas, con sólo tres paredes, y así en el otro piso, que está muy alto, porque los techos son altísimos. Y sobre todos estos espacios se alza el espacio mayor de las vastas terrazas que coronan estos edificios, porque es en ellas donde mejor se bañan de sol los enfermitos, ya que en ellas no les estorba pared ninguna que les reste un pedazo de la visión de la bóveda celeste.

No es éste tan sólo el mejor sanatorio de niños de España, sino probablemente el mejor, en su género, de Europa. El Sr. Areilza ha dispuesto de la Diputación de Vizcaya, en el momento de riqueza de la guerra, y del apoyo de un patriciado opulento. Pero lo que hace de este sanatorio el mejor de su género — advierta el lector que no puede haber «reclamo» en lo que digo, porque no admite otros enfermos que los niños del país que lleven certificado de pobreza —, es que el doctor Areilza ha combinado en él las excelencias de los sanatorios marinos, contruidos, naturalmente, en la costa, con los sanatorios de sol, edificados principalmente en las montañas. Su originalidad consiste en combinar el mar y el sol, y en añadir a ellos el aire libre, la buena alimentación, la com-

binación de reposo y movimiento, la medicina, la cirugía (sólo cuando hace falta) y aun el aseo, como elementos curativos.

Del mar se toma el aire bueno, la regularidad de la temperatura y la salubridad de las arenas. Del sol se busca, sobre todo, los rayos químicos, que las aguas reflejan y difunden y que necesitan también de un cielo amplio para actuar en el hombre. No se sabe aún cómo obran estos rayos misteriosos. El hecho es que curan. El aire aquí se toma en su renovación continua, según Hipócrates, el mejor alimento. La alimentación es abundante, sin ser excesiva, porque no se quiere que los enfermos salgan gordos, sino curados. El reposo inicial ha de alternar con el movimiento. La medicina y la cirugía encuentran, en un ambiente puro, condiciones ideales para su aplicación. Y aunque no falta quien se escandalice de que niños pobres vivan un régimen de baños, cepillos de dientes y ropa limpia, el doctor Areilza contesta que no hay nada en su sanatorio que conduzca a la molicie y al lujo. Lo que se inculca a los enfermitos es el amor al aire, a la luz y al agua.

El lector sabe que se trata de un sanatorio de niños pobres, a los que pudiera llamarse pretuberculos, si no fuera la verdad que casi todos o todos los niños son tuberculosos. El tubérculo está ahí, pero en tejidos menos importantes, esperando la hora de manifestarse en los pulmones o en las meníngeas. Estos niños pretuberculosos serían, si no se les curase, los



—¿Qué eres criminalista? ¿Y dónde has hecho tus estudios?  
—Leyendo los periódicos de la capital, manito...

(Excelsior, México, D. F.)

(POT GARCÍA CABRAL)